

**PRELIMINARES AL ESTUDIO DE
LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO**

ANDRÉS L. JAUME RODRÍGUEZ

PRELIMINARES AL ESTUDIO DE
LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO



EDITORIAL SINDÉRESIS
2018

PRELIMINARES AL ESTUDIO DE LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

© Andrés L. Jaume Rodríguez

© Ilustración de cubierta:

© Editorial Sindéresis

ISBN: 978-84-16262-69-4

Depósito legal: M-42585-2018

Primera edición: octubre de 2018

Impreso en España - Printed in Spain

Maquetación: Óscar Alba Ramos

Impresión y encuadernación: Editorial sindéresis. Calle

Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid

Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal

Proyecto de investigación PoV Puntos de Vista FFI 2014-5749-R

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
1. EL PENSAMIENTO	9
§1. Pensamiento y lenguaje desde un punto de vista filosófico...	12
§2. Pensar, reflexionar y teorizar: el ámbito metateórico de la filosofía.....	14
2. LA INTENCIONALIDAD.....	19
§1. Brentano y los problemas de la naturalización de la intencionalidad	
§2. Intencionalidad y conciencia	
3. SIGNO, SÍMBOLO Y SEMIÓTICA.....	25
§1. La semiótica	25
§2. Signo y símbolo	28
§3. El lenguaje como sistema de signos	30
4. LOS CONCEPTOS.....	33
§1. Qué es un concepto. Intensión, extensión y división conceptuales.....	33
§2. Esbozo histórico de la cuestión	36
§3. Los conceptos y la psicología.....	47
§4. Tipos de conceptos	51
§5. Conceptos, categorías e historia	54

5. EL JUICIO	57
§1. Significado y justificación del término «juicio»	57
§2. Esbozo histórico del problema	60
§3. La taxonomía kantiana de los juicios	62
§4. Juicios analíticos y sintéticos	63
§5. Lo sintético <i>a priori</i>	65
6. LOS RACIOCINIOS.....	71
§1. Tipos de raciocinios	74
§2. La deducción	75
§3. La inducción.....	76
§4. La analogía	78
§5. La abducción o inferencia a la mejor explicación.....	79
7. LAS TEORÍAS	81
§1. Argumentar y convencer	83
§2. Razonamiento y contexto.....	84
§3. Los relatos, las teorías y la razón.....	86
8. LA ESTRATEGIA ANALÍTICA Y EL PROBLEMA DE LA DEFINICIÓN DE CONOCIMIENTO.....	89
BIBLIOGRAFÍA.....	95

PRÓLOGO

El objeto de este breve manual es dotar a los alumnos de Filosofía de una serie de conceptos básicos y preliminares para el estudio de la Teoría del Conocimiento. Es, pues, una obra propedéutica o preparatoria para un estudio ulterior que, sin una buena fundamentación conceptual, sin duda, se verá frustrado. El libro no tiene pretensión alguna de originalidad o novedad; sólo pretende dotar de un conjunto conceptual que, por otra parte a buen seguro será común a disciplinas como la Filosofía de la Mente o la Filosofía de la Ciencia. Tradicionalmente las nociones de «concepto», «juicio» y «raciocinio» eran materia de la Lógica, entendida incluso ésta como propedéutica y no como fin en sí mismo. Hoy esta disciplina se enfoca de otra manera y, parece que en el estudio de la Filosofía estas nociones quedan un tanto descuidadas cuando, sin embargo, son fundamentales. Las cuestiones relativas a los conceptos quizás encajen mejor en un curso de Psicología general o de Filosofía de la mente, pero ciertamente también son susceptibles de un tratamiento más acorde con el problema del conocimiento. Es más, parece extraño que una disciplina como la Filosofía que es, ante todo, un saber conceptual, ignore la cuestión sobre la naturaleza de los conceptos. En lo que atañe a los juicios he preferido ceñirme a la cuestión tradicional y dejar de lado la nomenclatura analítica que se centra antes en las proposiciones. Considero que el estudio de una noción que ha tenido tal relevancia histórica es imprescindible para una buena comprensión del problema actual. De otra manera, conviene tener claro qué es un juicio cuando Leibniz, Kant o Hegel hablan de ellos y, no menos, cuando otros autores contemporáneos continúan haciendo uso de esta nomenclatura.

El tratamiento de las inferencias necesariamente debía ser más breve, pues el alumno adquirirá un mejor conocimiento en su estudio de la Lógica. No obstante, un breve recordatorio y clasificación parecían más que convenientes para el estudio de los problemas epistemológicos, máxime cuando en algunos casos la Lógica se reduce a sus aspectos matemáticos como si de un juego de sudokus se tratara, es decir, lo que

los neoescolásticos llamaron «logística». Es esa la única justificación que hay para considerar su inclusión en esta obra propedéutica. El resto de conceptos no son menos importantes y la práctica docente demuestra que el estudiante en muchas ocasiones al acabar el ciclo de grado no sabe usarlos competentemente, con lo que resulta difícil imaginar de qué manera podrá acometer el estudio de temas más avanzados. Sea pues, esta propedéutica, un remedio ante esas carencias.

Finalmente quiero agradecer a mis distintos colaboradores, tiempo atrás alumnos y ahora ya amigos, sus siempre pertinentes comentarios. Poder tener interlocutores es el regalo filosófico más grande que este profesor puede recibir. Entre ellos quiero resaltar a mis maestros, Miguel Ángel Quintanilla y Manuel Liz, no menos el Grupo LEMA de la Universidad de La Laguna que dirige el Prof. Liz. Son muchos años ya con el Prof. Liz y sus investigaciones y comentarios han servido de acicate constante para plantearme algunos temas desde otro punto de vista.

Andrés L. Jaume

CAPÍTULO 1

EL PENSAMIENTO

“El pensamiento, ese ser extraño” –pero no nos parece extraño cuando pensamos: El pensamiento no nos parece misterioso mientras pensamos, sino sólo cuando decimos retrospectivamente: “¿Cómo fue posible eso?” ¿Cómo fue posible que el pensamiento *mismo* tratara de este objeto? Nos parece como si con él hubiéramos apresado la realidad.

L. Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, §428

Todo conocimiento implica un sujeto cognoscente que no es otra cosa que un sujeto que piensa, que tiene noticia de alguna manera de lo que le circunda. Pensar, mejor o peor, es algo que hacemos todos, como dormir, alimentarnos o hablar. El pensamiento supone la aprehensión de los objetos exteriores a través del proceso perceptivo y su posterior manipulación en tanto que representación interiorizada.

En los humanos el pensamiento tiene que ver con el lenguaje, de otra manera, en los humanos adultos normales el pensamiento es básicamente lenguaje interiorizado, lo que no excluye que otros animales piensen y no sean poseedores de un sistema representacional lingüístico o que, en ausencia de lenguaje, no se dé en modo alguno pensamiento.

Hay algunos términos que empleamos comúnmente como «conciencia», «creencia», «conocimiento», «deseo», «ilusión», etc. Igualmente explicamos la conducta de otras personas y de algunos animales apelando a sus creencias y deseos, en suma, apelando a sus estados mentales. Cuando decimos de alguien que ha venido aquí asumimos que tiene una serie de expectativas y deseos, que venir aquí es fruto de un acto libre y voluntario, no de una necesidad ciega. La gente no va a un sitio determinado como caen los graves; van, se mueven, porque tienen ese deseo, tienen, además, una serie de ideas sobre cómo llegar y qué se van a encontrar –unas expectativas–. A las

creencias o ideas y a los deseos les llamamos con propiedad fenómenos mentales y, de alguna manera inexacta decimos que la gente ha ido a determinado lugar porque pensaba ir o, mejor, porque tenía la intención de ir por ejemplo, a ese lugar.

Todos esos fenómenos a los que antes me refería como ilusiones, deseos, conocimientos o creencias configuran nuestra vida mental. Hablar del pensamiento es hablar de una parte de nuestra vida mental muy considerable y notable. Cuando dormimos y cuando estamos despiertos experimentamos nuestra vida mental como si de una corriente se tratara, vivir, lo que se dice una vida humana es estar inmersos en lo que algunos filósofos han denominado la corriente de la conciencia, una corriente que por más que nos esforcemos, no podemos detener y eso es, en un sentido muy amplio del término «pensamiento» lo que el pensamiento es o con qué se identifica. Pero hay una salvedad que hay que hacer, cuando se habla del pensamiento y, principalmente, cuando se habla del pensamiento de los otros seres humanos o incluso de aquellos otros seres animales a los que atribuimos una vida mental: hablamos por analogía con la experiencia de la autoconciencia, es decir, usamos de manera prerreflexiva un concepto al que sólo llegamos mediante la reflexión autoconsciente. Puede denominarse este principio de relatividad de la conciencia: toda adscripción de vida mental es por analogía imperfecta con lo que para nosotros es una vida mental.

La vida mental se descubre en la autorreflexión y es allí donde uno se encuentra como sujeto de pensamientos y deseos, donde uno trata de poner orden en un espacio que cuando se descubre aparece desordenado. Eso es también aprender a pensar porque el pensamiento, que no ya la corriente de conciencia, se conceptualiza y al hacerlo de alguna manera se le viste para salir al exterior. Conceptualizar es emplear el lenguaje público, el que todos hablamos, en el que somos y vivimos, para vestir de alguna manera la corriente de conciencia. La corriente de conciencia se viste, y se viste con un lenguaje que, además, llega a ser indiscernible de ella misma, perfila sus movimientos e identifica estableciendo partes y todos. De este modo, sabemos que pensamos y, lo que es más importante, sabemos que expresamos este conocimiento con palabras. Platón dice que pensar, pensar lo que es pensar, es de alguna manera, hablar. Así lo expresa en el diálogo Teeteto, donde éste le pregunta a Sócrates:

«¿A qué llamas tú pensar» y a lo que Sócrates le responde: «Al discurso que el alma tiene consigo misma sobre las cosas que somete a consideración. Por lo menos esto es lo que yo puedo decirte sin saberlo del todo. A mí, en efecto, me parece que el alma, al pensar, no hace otra cosa que dialogar y plantearse ella misma las preguntas y las respuestas, afirmando unas veces y negando otras.» Platón, *Teeteto*, (189e).

Así que, pensar es, de alguna manera, hablar consigo mismo y el lenguaje no es sino la expresión del pensamiento.

Con el pensamiento no se agota nuestra vida mental. Del mismo modo cabe recordar que hacemos este descubrimiento desde la autoconciencia, pero no con ello negamos que pueda haber un pensamiento inconsciente o que el inconsciente no tenga alguna estructura lingüístiforme, aunque quizás en él opere alguna otra lógica y se den fenómenos tales como la traslación o la condensación de significados. Sin embargo, estos temas aquí no se tratarán.

Se piensa desde la publicidad del lenguaje y se piensa en un lenguaje que impone su normatividad. Si la metáfora del vestido sirve, pues adelante, pero téngase en cuenta que muy bien puede no haber nadie debajo del vestido. No es, desde luego, la metáfora de la substancia y los accidentes. El lenguaje no es ninguna determinación accidental de nuestro pensamiento, sino que es el modo de vida del mismo.

La circunstancia del pensar remite a la publicidad, a que no se piensa solo, del mismo modo que no hay lenguajes privados. El pensamiento es algo comprensible porque el lenguaje es intrínsecamente comprensible. Podemos referirnos al pensamiento porque nos podemos entender. El lenguaje es, como dice W. Sellars, «un logro intersubjetivo» y con ello, histórico. Pensar y hablar son dos actividades que se constituyen intersubjetivamente. Ubicar el yo o descubrir la autoconciencia y encontrar los conceptos necesarios para tematizar adecuadamente esa experiencia de la autorreflexión es no menos un logro intersubjetivo e histórico. La historia de los conceptos con los que contenemos y damos forma a la vida mental es la historia de esa misma vida mental hecha consciencia y programa de acción. Pensar, pues, no es algo, acircunstancial, sino situado en el espacio y el tiempo. Se piensa con conceptos y los conceptos tienen también su historia.

§ 1. Pensamiento y lenguaje desde un punto de vista filosófico

Dejemos a un lado la imagen móvil de la historia y concentrémonos en un instante de la misma y de la corriente de conciencia. Del conjunto de nuestra vida mental nos quedamos ahora con aquello que podemos expresar, y lo que podemos expresar lo expresamos mediante un lenguaje que aprendemos en ámbitos no estrictamente de educación formal pero que, sin lugar a dudas, mejoramos y perfeccionamos en los ámbitos de educación formal como la escuela en los que la escritura tiene un papel determinante. Quien escribe aprende a hablar de una determinada manera pues el aprendizaje formal de la escritura supone la gramática. Esto supone un control sobre el habla escrita que se expresa no menos en el habla oral y la perfecciona. Quien escribe, dicen, lee dos veces y también, no menos, piensa lo que ya pensó. No escribimos como hablamos, sino más bien hablamos como escribimos. Es decir, el lenguaje de muchos adultos formados en ámbitos académicos es un lenguaje que ha pasado por un filtro normativo como es el aprendizaje formal de la propia explicitación de la norma lingüística: la gramática y, más aún, del propio canon del pensamiento correcto: la lógica. La educación tiene, pues, fundamentalmente un papel conformador del pensamiento. Y lo que queda escrito son... pensamientos. De este modo pensar, hablar y escribir tienen mucho que ver.

Pero «pensar» tiene un significado más estricto. Pensar, aunque tenga que ver con «hablar» no es estrictamente lo mismo. Está claro que quien piensa tiene una mente, ya quedará después un poco más claro qué es eso de tener una mente. Por el momento lo dejaremos como está. Y quien tiene una mente siente, percibe, recuerda, desea, incluso habla. Tradicionalmente nos referíamos a esas actividades como facultades mentales y hoy en día hablamos de procesos psicológicos. ¿Qué lugar ocupa el pensamiento en ese conjunto de procesos psicológicos? El pensamiento implica la categorización, es decir, la posesión de algún tipo de representaciones mentales de carácter conceptual que agrupan o subsuman diversos objetos. Implica también capacidad de razonar o de realizar transiciones entre conjuntos de conceptos o representaciones mentales. Y parece que, siguiendo esa misma lógica, quien piensa puede solucionar de algún modo problemas. Así, por ejemplo, un animal puede enfrentarse a una situación problemática como pueda ser sacar comida de un lugar angosto –i.e. el fondo de una botella– y para ello deberá representarse la situación de

origen y la situación final o deseada, a saber, obtener la comida. La situación origen es precisamente el problema que pueda llegar a la situación final es lo que nos indica que el animal ha tratado de resolver el problema. Pensar es, pues, resolver problemas y para ello hay que tomar decisiones –elegir entre varios posibles cursos de acción– y muchas veces inventar como, por ejemplo, hacen algunos animales empleando objetos de su medio como herramientas. Pensar es, desde esta perspectiva, una manera de actuar.

Desde una perspectiva pragmatista el filósofo americano J. Dewey en su libro *Cómo pensamos* (1933) relacionaba el pensamiento con la significatividad del medio para determinados animales. Así, señala Dewey:

«El pensamiento no es la manifestación de una facultad única e inalterable, sino un término que denota diversos modos en que las cosas adquieren significado para el individuo; es la capacidad para comprender y relacionar entre sí las sugerencias específicas que las cosas plantean; en consecuencia, cualquier tema (...) es intelectual, no en su estructura interna fija, sino en su función, en su poder para comenzar y desarrollar una indagación y una reflexión significativas.» J. Dewey, *Cómo pensamos*, p. 55

En psicología y, de modo particular en el cognitivismo, se entiende que pensar es manipular símbolos mentales –representaciones, conceptos o modelos mentales– conforme a reglas. En este sentido se entiende el pensamiento como un proceso vinculado al razonamiento. La idea no es novedosa, pues ya en el *Leviatán* de Hobbes (Parte I. cap. V) encontramos que pensar, entendido aquí como razonar, no es otra cosa que calcular, es decir, manipular nombres o signos mentales.

Algo que no podemos obviar es que nosotros nos referiremos al pensamiento desde el lenguaje y que el lenguaje se nos presenta como la vía de acceso al pensamiento. Si queremos hablar del pensamiento, necesitamos entonces un vocabulario mínimo que nos permita hacerlo. Detengámonos, pues, sobre el lenguaje, ¿qué vemos? Palabras de muchos tipos, verbos como correr, cantar, amar, comer, substantivos como casa coche, perro gato, bondad, justicia, adverbios que transmiten una cierta actitud del hablante como amablemente, cordialmente, impertinentemente nexos invariantes como y, no, no obstante, pero, sin embargo, en consecuencia, etc. En el colegio aprendíamos las

diferentes categorías de palabras y pasábamos de la selva del lenguaje a un jardín botánico en el que los extravíos eran, con seguridad, menos frecuentes. De otra manera, podemos decir que el lenguaje es un conjunto de símbolos que se concatenan conforme a unas reglas y con estas reglas podemos hacer numerosas combinaciones y comprender, además, cualquier combinación nueva que se nos presente. Algo de mágico y matemático tiene pues poseemos un número finito de símbolos lingüísticos o, comúnmente, palabras (por ejemplo, todas las que aparecen en el diccionario) y, sin embargo, las combinaciones son innumerables, de mezclarlas de una manera u otra tenemos lo mismo El Quijote que lo que ahora mismo se está diciendo. A esta propiedad nos referimos diciendo que el lenguaje es composicional y sistemático.

§ 2. Pensar, reflexionar y teorizar: el ámbito metateórico de la filosofía

Conocer es una manera de pensar, y de estar en el mundo. A su debido tiempo ya se tratarán con más detalle estos conceptos. De momento valga con decir que la teorización sobre el pensamiento y el conocimiento es una actividad metareflexiva. Quien piensa, piensa sobre algo –eso es la intencionalidad, que se abordará más adelante–. Y ese algo puede ser también un pensamiento. Cuando reflexionamos volvemos nuestros pensamientos sobre sí mismos, es decir, pensamos los pensamientos, los sometemos al control del propio pensamiento en un intento de autodilucidación. Es propio de la filosofía reflexionar, y no lo es menos de otras ciencias o saberes y, por supuesto, de la actividad cotidiana. La teorización supone la sistematización de la reflexión. Quien tiene una teoría tiene al menos una serie de lineamientos en torno a los que articular los pensamientos. De una manera más técnica podemos decir que las teorías son conjuntos de proposiciones o juicios relacionados jerárquicamente y a través de relaciones inferenciales.

Habitualmente cuando se piensa en teorías se piensa en «teorías científicas», sin embargo es éste un pensamiento que comete la falacia de confundir la parte con el todo. Hay teorías informales o naif; ejemplos de las mismas son nuestras presuposiciones de sentido común o precientíficas acerca de nuestro medio. Así, pensar que las personas actúan como actúan porque albergan determinados deseos y creencias –y no porque tienen elevados niveles de ciertos neurotransmisores– o

clasificar ciertos animales como «bichos» o entender los fenómenos naturales conforme a cierta física del sentido común, son teorías, pues constituyen conjuntos de proposiciones o juicios sujetos a determinados principios no explicitados que permiten inferencias –no siempre afortunadas.

La filosofía, al igual que otras disciplinas, tiene un carácter teórico, es decir, construye teorías. Pero la peculiaridad de la filosofía es su dimensión metateórica, es decir, lo propio de la filosofía es construir teorías en torno a teorías, especular. Teoriza ya sobre teorías científicas, ya sobre teorías de sentido común, en suma, especula sobre las diferentes concepciones del mundo o de una parcela del mundo que el ser humano pueda concebir. La filosofía no es ciencia divina, sino humana; el conocimiento que provee es siempre un conocimiento humano, un conocimiento que se dice en relación a lo humano y que está afectado, por ende, por las peculiaridades del ser humano, a saber, su visión necesariamente parcial e incompleta de la realidad que va tejiendo a lo largo de su desarrollo histórico.

La teoría del conocimiento, pues, especula o teoriza sobre el conocer humano. Bien puede entenderse como una metateoría científica o filosofía de las diferentes ciencias e incluso del método científico, concepción que se ha prodigado en los últimos siglos, y de manera fehaciente, desde Kant. Bien puede considerarse como una disciplina crítica que especula sobre el conocer en general y entiende el conocimiento como algo que no se acaba con el denominado conocimiento científico. De este modo la teoría del conocimiento se asemeja más a una teorización sobre la racionalidad misma. Se entiende la racionalidad como el medio genuinamente humano y se admite su diversa fenomenología para constituirse en una crítica de la misma racionalidad que está condenada a la circularidad que engendra el abordar la razón desde la razón misma. ¿Llega la razón como crítica a alguna parte? Al menos no deja las cosas nunca como estaban.